



Lo que verdaderamente me importaba

[1]



y con independencia de cómo afectara a su ánimo siempre y cuando lo afectase de una forma que yo pudiera describir por sus manifestaciones externas como puedan ser el enfado o la consternación, que con un puñetazo en la mesa o una interjección se solucionan sin mayor problema o, para un temperamento más contenido — que en el caso de mi amigo estaba por decidir porque no tenía quién me asesorase ni tiempo de buscarlo ni pajolera idea de dónde tendría que ir para encontrar a alguien versado en personalidades (o personajes o incluso nada más personajillos pero algo que sin que resultara imprescindible que así al pronto tuviese que estar muy definido me liberase, aunque no fuese mucho, de la angustia de sentirme tan desorientado) y no quería yo, así, sin asesoramiento ni nociones de psicología, endilgarle, tanto como iba a deberle y tan agradecido como sería mi obligación moral estarle por haber tenido la deferencia de elegirme para ser su alter ego, rasgos o peculiaridades que, mirados con detenimiento y conocimientos de los que yo carecía, vinieran a ser los de un psicópata o paranoico o esquizofrénico con el que no fuera posible entrar en razón ni congeniar —, con un quedarse pensativo y la punta de la nariz (o la barbilla o una ceja, que también pueden servir) , apoyada, con gesto pensativo, en el índice de la mano derecha.